

Dicasterio para la Evangelización
Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo

DOMINGO de la PALABRA de DIOS

SUBSIDIO LITÚRGICO-PASTORAL 2023





¡Anunciadores de la Palabra!

« Os anunciamos lo que hemos visto » (1Jn 1, 3)

Un agradecimiento especial a:

Dra. Cecilia Caiazza, *Ordo virginum*
Pontificia Facultad de Ciencias de la Educación, Auxilium, Roma

Dra. Rebeca Cabrera Piñango
Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, Venezuela

S. E. R. Mons. Ramón Salazar Estrada
Obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara, México

Pbro. Dr. Francesco Giosuè Voltaggio
Rector del Seminario Redemptoris Mater de Galilea, Israel

R. P. Dr. Andrzej S. Wodka, *C.SS.R.*
*Presidente de la Agencia de la Santa Sede para la Evaluación y la
Promoción de la Calidad de las Universidades y Facultades Eclesiásticas*

Índice general

Presentación	5
Consideraciones prácticas	6
La Palabra de Dios EN COMUNIDAD	7
1. Palabra acogida con el corazón	8
2. Adoración Bíblica	11
3. Propuestas pastorales:	16
· Entronización de la Palabra en la Santa Misa	16
· Lleva la Biblia a la Iglesia	19
· Un separador	20
· Entrega de citas bíblicas	20
· Lectura continua	20
· Muestras bíblicas	20
La Palabra de Dios EN FAMILIA	21
1. Palabra compartida en familia	22
2. Experiencia sobre la transmisión de la Palabra de Dios a los hijos	25
3. Propuestas pastorales:	26
· Celebración de entrega de la Palabra a los hijos	26
· Lectio Divina en familia	30
La Palabra de Dios EN LA VIDA COTIDIANA	34
1. Palabra vivida con valentía	35
2. Examen de conciencia bíblico	37
3. Propuestas pastorales:	38
· Lleva la Palabra siempre contigo en tu celular	38
· ¿Ya has leído toda la Biblia?	38
· Visitar una Iglesia	38
· La Palabra de Dios para niños	39
Apéndice: ¡ANUNCIADORES DE LA PALABRA!	41
1. ¡Anuncia lo que has visto!	42
2. El Logo para el Domingo de la Palabra de Dios	44

Presentación

La Primera Carta que Juan escribe a la Iglesia está tan impregnada del tema del amor que es difícil desviar la mirada de este centro. El Ágape es omnipresente porque el autor sagrado debe llegar a revelar su culmen: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). En virtud de esta preeminencia y prioridad del amor, se comprende que el inicio de la Carta se abra con la invitación al anuncio. Como decían los antiguos: *amor est diffusivum sui*, el amor por su propia naturaleza debe expandirse, ser comunicado, compartido, porque es la premisa necesaria para la comunión. Se comprende, por lo tanto, por qué el próximo *Domingo de la Palabra de Dios* pretenda situarse a la luz del anuncio de lo visto y oído.

El anuncio de lo que ha sido objeto de experiencia directa y vivida en primera persona se comparte para que se haga visible la comunión que da alegría. Anunciar lo que se ha visto no es otra cosa que dar a conocer la persona de Jesús y el misterio de su presencia permanente entre nosotros. Juan apela inmediatamente a los sentidos, muy consciente de que la fe no es una abstracción, sino un acontecimiento personal que cambia la vida. Todo lo que se ha “oído”, “visto”, “contemplado” y “tocado” no es otra cosa que la “vida”. Conceptos tan íntimamente ligados que cualquier división es imposible. Estamos ante un todo que favorece la visión global del misterio que, especialmente en nuestros días, necesita ser contemplado más que examinado.

El carácter de evangelización que posee este *Domingo de la Palabra de Dios* se hace cada año más tangible y la expresión joánica pretende fortalecer el compromiso de las comunidades por poner en el corazón del día del Señor, su Palabra viva y eficaz. El domingo, los cristianos no hacen más que celebrar el misterio de la salvación. La “vida eterna” que se celebra, y por eso anunciada de manera eficaz, no hace más que hacer presente en medio de la comunidad y del mundo la persona de Jesucristo, Palabra eterna del Padre, que pide encontrar un lugar en la vida personal de cada uno. Sin embargo, anunciar a Cristo resucitado remite inevitablemente al futuro, a su regreso definitivo en el que la comunión será perfecta.

Anunciar lo que se ha visto y oído, por lo tanto, hace que el creyente olvide todo cansancio porque el compromiso de la fe exige la “carrera” hacia toda persona que, como el etíope, tiene en sus manos la Sagrada Escritura, pero no comprende su sentido (cf. Hech 8,26-40). El anuncio de la Palabra de Dios, como vemos, requiere la implicación directa de todo creyente. Es necesario que todos estén atentos y vigilantes para percibir la “manifestación” de esta Palabra, porque está en juego el sentido de la propia vida. En el camino que el Papa Francisco pide a toda la Iglesia hacia el Jubileo de 2025, el *Domingo de la Palabra de Dios* se convierte en una etapa decisiva. El estudio y la reflexión en los diversos temas que contiene la constitución *Dei Verbum* serán una riqueza para profundizar en la revelación de la Palabra de Dios. La esperanza que brota de esta Palabra, en efecto, provoca a toda comunidad no sólo a anunciar la fe de todos los tiempos, sino sobre todo a comunicarla con la convicción que lleva esperanza a quien la escucha y la acoge con un corazón sencillo.

Consideraciones prácticas

Para vivir activamente el *Domingo de la Palabra de Dios* se sugiere prepararlo con tiempo. Es importante que los preparativos se extiendan desde el nivel espiritual (oración personal y comunitaria) hasta el nivel material (adecuada planificación).

Preparación espiritual

Para favorecer el encuentro con Dios en su Palabra es necesaria una adecuada preparación espiritual, pidiendo la apertura del corazón de aquellos a quienes se les va a anunciar la Palabra. En consecuencia, los preparativos para la planificación de la iniciativa requieren que se parta de la oración individual y comunitaria.

Sugerencias:

- Una semana antes del *Domingo de la Palabra de Dios*, incluir en la oración de los fieles una intención dedicada a este fin.
- Prever en la comunidad un momento de Adoración al Santísimo Sacramento ofrecido por la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios*.

Preparación práctica

Para una adecuada planificación, se sugiere crear un grupo de personas que puedan coordinar las diversas iniciativas pastorales. Las tareas de este grupo podrían ser:

- Planificar las distintas iniciativas (para diferentes grupos de edad)
- Elegir otras personas idóneas para la ejecución práctica del programa
- Estimar eventuales gastos
- Preparar el material necesario
- Difundir información junto con los sacerdotes. Sin duda, la invitación personal es la forma más directa de informar a las personas; también se pueden usar volantes y folletos, que se puedan distribuir fácilmente a las personas y colocar en los tableros de anuncios de la parroquia; también se recomienda avisar en las redes sociales para difundir las actividades previstas.
- Llegar a las personas en dificultad (personas enfermas, residencias de ancianos, hospitales, prisiones, asociaciones benéficas...)

Perspectivas para el futuro

Sabemos bien que escuchar, compartir, vivir y anunciar la Palabra de Dios no es tarea de un solo día, sino de toda nuestra vida. La Palabra de Dios no deja de obrar en nuestros corazones, por lo que podría ser de gran ayuda crear un grupo permanente para promover diversas iniciativas bíblicas durante el año y ofrecer una oportunidad de formación continua para los fieles. Por ejemplo:

- *Lectio divina* semanal o mensual
- Grupo bíblico
- *Lectio* continua de un texto bíblico
- Entrega de la Palabra en diferentes ámbitos
- Momentos formativos o culturales de profundización
- Reflexionar sobre los pequeños volúmenes preparados por el Dicasterio para el Año dedicado al Concilio para redescubrir la *Dei Verbum* (cf. p. 16).

LA PALABRA DE DIOS EN COMUNIDAD

La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia.

(Dei Verbum, 21)

1. Palabra acogida con el corazón

«¡Escucha, Israel!» (Dt 6,4)

«¡Escucha, Israel!», en hebreo *Shemá, Israel* (Dt 6,4): este es el mandato fundamental, corazón de la fe judía y cristiana, que resonó en el monte Sinaí (Ex 19,5; Dt 4,1-10). El Dios invisible establece un diálogo vivo con los hombres, escucha su grito (Ex 3,7; Sal 34,18; 1 Jn 5,14) y se hace oír por ellos. En el Mensaje para la 56ª Jornada Mundial de las Comunicaciones, el Papa Francisco dice: «Entre los cinco sentidos, el privilegiado por Dios parece ser el oído, quizá porque es menos invasivo, más discreto que la vista, y por tanto deja más libre al ser humano». En la Biblia hebrea, las letras finales de la primera palabra (*shemá'*, “¡escucha!”) y de la última (*‘ēhād*, “único”) en Dt. 6,4 están escritas en caracteres más grandes; si se unen, forman el término *‘ēd*, “testigo”: Israel es el pueblo del *Shemá*, testigo – hasta la muerte si es necesario – del único Dios. En la tradición hebrea, el *Shemá* constituye el punto de apoyo de la oración y equivale a tomar sobre sí mismo el “yugo” del reino de los Cielos; Jesucristo, que vino a cumplir la Torá (“Ley”, Mt 5,17), lo indica como primer mandamiento: «El primero es: ¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor; Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12,29-30).



En el Antiguo Testamento, la alianza entre Dios y su pueblo se funda sobre la escucha, gratuita sí, pero que busca la adhesión y la obediencia (Ex 24,7; Dt 4,1.32-36; 28,1-15). En hebreo bíblico, “obedecer” se expresa con el mismo verbo (*shamà*) que también significa “escuchar”. Esto muestra el vínculo profundo entre escuchar y obedecer: estos valen más que el sacrificio (1Sam 15,22; Jer 7,22-23). Por eso Salomón pide a Dios el gran don de un «corazón dócil», literalmente un «corazón que escucha» (en hebreo *lev shomèa'*; 1Re 3,9). Los profetas y la Sabiduría invitan constantemente al pueblo a la escucha de la Palabra y le reprochan su negativa a acogerla (cf. p. ej., Is 6,9-11; 30,9; Jer 6,10; Bar 3,9; Zc 7,11-12; Pr 1; 8,32-34).

Las dos figuras que tienen la experiencia más cercana de Dios en el Antiguo Testamento son Moisés y Elías, ambos, no por casualidad, en el Monte Sinaí. Aunque no pueden ver a Dios, experimentan el poder de su Palabra. El primero lo oye entre señales portentosas y el sonido de una trompeta (Ex 19,16-19; 33,18-34,8), el segundo lo reconoce en el «susurro de una brisa ligera» (1Re 19,12-13) o, como dice literalmente el hebreo, en una «voz de sutil silencio». En el Monte de la Transfiguración, Moisés y Elías aparecen junto

a Jesús mientras una voz del cielo proclama: «Este es mi Hijo amado: ¡escuchadlo!». (Mc 9,7; cf Mt 17,5; Lc 9,35; Dt 18,15-19). Cristo cumple así la palabra del *Shemá*: es el eterno y poderoso *Logos* de Dios, y al mismo tiempo la Voz del silencio manifestada en la oscuridad de la Cruz, que sin embargo es la suprema revelación de la elocuencia y de la gloria de Dios.



Sin embargo, acoger la Palabra es imposible sin la gracia (Jn 8,47; 10,27). Para esto, Dios abre el oído de su siervo (Is 50,5) y en la era mesiánica da oído a los sordos (Is 29,18; 35,5; Mc 7, 31-37). Jesús es el Hijo amado a quien el Padre escucha (Jn 11,42) y envía al mundo a escucharlo: quien escucha sus palabras y las pone en práctica es «como un hombre sabio que edificó su casa sobre roca» (Mt 7,24). Escuchar a Cristo, por tanto, conduce a la vida eterna (Mc 4,20; Jn 5,24-25; St 1,22-25) y a la felicidad (Lc 11,28; Ap 1,3), pero rechazarlo lleva a la ruina (Jn 8,43-47; Hech 7,51-57; 28,25-28). Así comprendemos por qué la parábola del sembrador (Mt 13,1-23 y par.), fundada íntegramente en el *Shemá*, es tan fundamental para Jesús: sin ella, las demás parábolas (Mc 4,13) no se pueden entender, ya que se enfoca en *cómo* escuchar (Lc 8,18). En este sentido, María de Betania elige la «mejor parte», que consiste en ponerse a los pies de Jesús y escuchar su Palabra, ya que «solo una cosa es necesaria» (Lc 10,42), expresión que del griego también se puede traducir: «de *uno solo* hay necesidad», que es de nuevo una referencia al *Shemá*, es decir, al mandato de escuchar al único Esposo, Cristo.

La fe que da salvación viene de la escucha del *kerygma* (Rm 10, 14-17; Hch 15, 7) – el anuncio de Cristo y su misterio pascual – sellado en los sacramentos, *in primis* el Bautismo. La Iglesia es, pues, un pueblo en constante escucha de la Palabra divina:

Pastad allí para pastar con seguridad. Lo que allí escucharéis, que os sea muy sabroso; lo que es extraño, rechazadlo. Para no errar en la niebla, escuchad la voz del Pastor. Reuniros en las montañas de las Sagradas Escrituras. Allí están las delicias de vuestro corazón, no hay nada venenoso, nada extraño: son pastos inagotables. (Agustín, *Sermones* 46,24)

La Escritura, que estamos llamados a escudriñar siempre (Jn 5,39), nos ha sido confiada no sólo para ser leída y meditada personalmente, sino sobre todo proclamada y celebrada en la asamblea litúrgica, su *locus* privilegiado. Ella, en efecto, “cobra vida” en una asamblea que la escucha, la celebra y la encarna, por la fuerza del Espíritu Santo, ya que en la liturgia «Dios habla a su pueblo y Cristo sigue anunciando el Evangelio» (SC 33). Así la Iglesia-Esposa, comunidad en perpetua escucha de su Esposo, puede anunciar el Evangelio a todos los pueblos para que también ellos escuchen y se salven (Hch 28,28; 1 Jn 1,1-3; Ap 2,7).

También hoy Dios habla al hombre: la escucha de su voz en la liturgia y en la historia de hoy es el único camino para no endurecer el corazón (Sal 95,8). Este camino se realiza en la Santísima Virgen María: acogiendo la semilla del “*kerygma*”, el anuncio del ángel, ella concibe en su seno el más grande fruto, Cristo; custodiando la Palabra (cf. Lc 2,19.51), cumple la realidad del arca de la alianza que contenía las Diez Palabras (Dt 10,1-5; Heb 9,4) y se convierte así en la nueva arca de la alianza, icono de todo creyente que acoge la Palabra en su corazón.

2. Adoración Bíblica

«Os anunciamos lo que hemos visto» (1Jn 1,3)

Exposición del Santísimo Sacramento

El presente texto es una propuesta que posteriormente debe ser concretada e inculturada, según las tradiciones locales.

Habiéndose reunido los fieles e iniciado un canto, el ministro se acerca al lugar de la Reserva. Trae al Santísimo Sacramento y lo expone en la custodia. De rodillas, el ministro incienso al Santísimo Sacramento.

C./ Señor, contemplamos tu presencia real en este Santísimo Sacramento y te damos gracias por habernos llamado a estar ante ti. Nos reunimos confiando en Ti y en tu Palabra. Prepara nuestra mente y corazón para recibir las gracias que has preparado para nosotros en este momento. Haz que seamos conscientes en cada momento de que estamos frente a Ti y a tu amor infinito. Abre nuestro entendimiento y nuestra voluntad para recibir tu Palabra y anunciarla con nuestra vida.

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad». (Jn 1,14)

Padre nuestro, Ave María, Gloria...



C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”». (Lc 24,32)

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». (Mt 28,19-20)

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

L./ Escuchemos y acojamos la Palabra de Dios, siempre viva y eficaz. Dejemos que resuene dentro de nosotros e ilumine nuestras vidas.

Aclamación al Evangelio (Mt 3,17)

Aleluya, aleluya.

«Se escuchó una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo amado: en Él he puesto mis complacencias. Escuchadlo”».

Aleluya.

Escuchad la Palabra del Señor del Santo Evangelio según San Lucas (24,35-48)

En aquel tiempo, los dos discípulos que regresaron de Emaús, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros». Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo». Y, diciendo esto, los mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos. Después les dijo: «Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: “Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí”». Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: «Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas».

Reflexión guiada:

L./ En el contexto del *Domingo de la Palabra de Dios* celebramos este momento de adoración, que este año se inspira en el texto: «*Os anunciamos lo que hemos visto*» (1Jn 1,3). Ante Jesús Eucaristía reflexionemos:

1. ¡Cuántas palabras y acciones de Jesús pudieron escuchar y ver los apóstoles! Muchas de ellas quedaron atestiguadas en los evangelios, con las cuales podemos contemplar a Jesús a través de su Palabra. Jesús nos sigue hablando y sigue actuando en nuestra vida.
2. Si los apóstoles pudieron ver y oír a Jesús es porque Él mismo se ha dejado ver y oír, es decir, se nos ha manifestado y lo sigue haciendo en nuestro tiempo.
3. Jesús, por amor a nosotros, ha entrado en nuestra realidad material, se encarnó para que pudiéramos verlo, tocarlo, escucharlo, sentirlo y seguirlo.
4. «Jesús pasó haciendo el bien», pasó por este mundo, y lo realizó haciendo y proclamando el bien. Todo en Él era recurso para expresar su amor.
5. Jesús se encarnó y así, con su cuerpo vio, escuchó, habló, sintió... Su mirada era profunda y capaz de abarcar y conocer el presente, la historia y los anhelos del "mirado". Miraba con compasión, misericordia, sin indiferencia: no era posible para Él ver alguno que sufría y seguir de largo. Su hablar con amor y autoridad es transformante: "bastaba una palabra suya" como dijo el Centurión Romano. ¡Solo una! ¡cómo sería pronunciada! Una palabra tuvo para Levi en aquella mesa, una para Zaqueo en aquel Sicomoro, una para Pedro, Santiago y Juan en la orilla del mar, una para Maria fuera del sepulcro... Tiene una también para nosotros. Su estar presente: Jesús permanece con nosotros y lo hace dándose a sí mismo.

*Silencio orante**Canto***Preces comunitarias**

L./ Tu que fuiste contemplado por los pastores y los magos en Belén...

R./ Haz que te descubra en mi vida Señor. (cfr. Mt 2,11)

L./ Tu qué mostraste tu gloria en el Tabor...

R./ Haz que disfrute las alegrías de cada día Señor. (cfr. Mt 17,1s)

L./ Tu qué llamaste a tus discípulos en la orilla del lago...

R./ Haz que también yo atienda a tu llamada Señor. (cfr. Mt 4,18-22)

L./ Tu que viste la creatividad de Zaqueo...

R./ Haz que te ofrezca mis esfuerzos Señor. (cfr. Lc 19,1s)

L./ Tu que tocando al sordo mudo le mostraste tu cercanía...

R./ Haz que reciba atento tu Palabra. (cfr. Mc 7,33)

L./ Tu que cambiaste el horizonte de la vida de Mateo...

R./ Llena mi vida de sentido Señor. (cfr. Mt 9, 9-13)

L./ Tu que dirigiéndote a Lázaro lo volviste a la vida...

R./ Anima mi fervor y deseo de santidad Señor. (cfr. Jn 11,1s)

L./ Tu que explicándoles las escrituras a tus discípulos transformaste tu tristeza en gozo...

R./ Enciende nuestro amor por tu Palabra y la certeza de tu presencia Señor. (cfr. Lc 24,13-35)

Canto

Oración personal

En este momento se puede entregar una cita bíblica impresa a los fieles para favorecer la oración personal. Mientras tanto se puede interpretar música sacra instrumental.

Sugerencias de citas bíblicas:

- «Hemos visto su estrella y hemos venido adorarlo» (Mt 2,2). ¿Cuál es “la estrella” que me ha hecho venir a adorarlo?
- «Entrando en la casa, vieron al Niño y a su Madre...» (Mt 2,11). ¿En qué momentos he sentido que la Madre me ha llevado a su Hijo?
- «Jesús lo llamó y le dijo Zaqueo bájate pronto...» (Lc 19,1). ¿En qué circunstancias he sentido que el Señor me llama por mi nombre y me pide convertirme?
- «Jesús la tomó de la mano, y le dijo: “¡Talitá kum!”, es decir, “A ti, niña, te digo: ¡levántate!”» (Mc 5,41). ¿De qué situación necesito que el Señor me “levante”?
- «Una mujer samaritana llegó para sacar agua y Jesús le dijo: dame de beber» (Jn 4,7). Señor de ella quisiste agua y de mí ¿qué quieres?
- Con sus benditas manos... «tomo los 5 panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los dio a sus discípulos para que los distribuyeran...» (Mc 6,41). ¿Qué puedo compartir con los demás?
- «Jesús fue hacia ellos caminando sobre el agua...» (Mt 14,25). ¿En qué momentos turbulentos he experimentado que el Señor ha venido a mí?
- «Tomo el pan; y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo... hagan esto en memoria mía» (1Cor 11,23s). ¿Cómo es mi participación en el santo sacrificio? ¿Valoro realmente la Sagrada Eucaristía como Su Cuerpo y Sangre?
- «Hizo saliva y la puso en sus ojos...» (Jn 9,6). ¿Con qué signos concretos Jesús ha tocado mi historia?
- «Le dijo a Tomás: trae acá tu mano y no sigas dudando, sino cree...» (Jn 20,27). ¿En qué momentos Dios me ha dado signos de su amor y cercanía para fortalecer mi fe?

Padre nuestro

C./ Te agradecemos Señor porque siempre estas cerca de nosotros, de manera particular en la Eucaristía y en tu Palabra. Que en todo momento acudamos a Ti, Palabra de Vida Eterna, que te acojamos con fe y sencillez, que te compartamos con entusiasmo y naturalidad, que vivamos tu Palabra en lo cotidiano y que te anunciemos con valentía y alegría. Con la confianza de hijos y con tus mismas palabras nos atrevemos a decir: *Padre nuestro...*

Bendición

Al final de la adoración el sacerdote o el diácono se acerca al altar, hace la genuflexión; se entona el *Tantum ergo* u otro canto apropiado. Mientras tanto, arrodillado el ministro, incienso el Santísimo Sacramento. Luego se ponee de pie y dice:

Oremos

Señor nuestro Jesucristo,
que en este admirable sacramento
nos dejaste el memorial de tu Pasión:
concédenos, venerar de tal modo los Sagrados Misterios
de tu Cuerpo y de tu Sangre
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu Redención,
tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
R./ Amén

Dicha la oración, el sacerdote o diácono recibe el velo humeral blanco, hace genuflexión, toma la custodia y bendice al pueblo con el Santísimo Sacramento haciendo la señal de la cruz, sin decir nada.

Aclamaciones al Santísimo

Si se retiene oportuno, después dela bendición eucarística se pueden decir, según las costumbres locales, las siguientes aclamaciones:

Bendito sea Dios.
Bendito sea su santo nombre.
Bendito sea Jesucristo, Dios y verdadero hombre.
Bendito sea el nombre de Jesús.
Bendito sea su sacratísimo Corazón.
Bendita sea su preciosísima Sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su santa e inmaculada concepción.
Bendita sea su gloriosa asunción.
Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.

Reserva

Terminada la bendición, el sacerdote o el diácono que ha impartido la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Santísimo Sacramento en el tabernáculo y hace genuflexión.

3. Propuestas pastorales

A continuación, se presentan una serie de sugerencias para vivir en comunidad el *Domingo de la Palabra de Dios*.

Entronización de la Palabra en la Santa Misa

Se proponen algunas sugerencias litúrgicas para la Celebración de la Santa Misa, sin embargo, a discreción del Obispo local y del Párroco, se pueden introducir otros signos que subrayen la importancia de la Palabra de Dios en la comunidad celebrante – en conformidad, naturalmente, con las indicaciones litúrgicas vigentes respecto a la celebración de la Eucaristía.

Es deseable que el *Rito de Entronización* se realice al menos una vez, durante la Celebración Eucarística más solemne del *Domingo de la Palabra de Dios*.

Junto al altar, o al ambón, o en otro lugar especialmente preparado (una capilla), se prepare un espacio visible para toda la asamblea, elevado y decorado, donde se pueda colocar el texto sagrado.

Para ambientar la celebración del Domingo de la Palabra, al comienzo de la Eucaristía, antes de cada lectura y al final de la Misa, se pueden leer las breves moniciones que se proponen.

Monición inicial (antes del inicio de la Celebración Eucarística)

Hoy celebramos el *Domingo de la Palabra de Dios*, iniciativa pastoral querida por el Papa Francisco en 2019. Es un domingo “dedicado a la celebración, reflexión y difusión de la Palabra de Dios” (*Aperuit Illis*, 3). Abramos nuestra mente y nuestro corazón para acoger la Palabra, que es: “Lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero” (cf. Sal 118, 105).

La Santa Misa inicia *more solita*: se favorezca, según las posibilidades, la procesión solemne con el turiferario, la naveta, la cruz, los ciriales, llevando el Evangelionario según la usanza de la Iglesia Romana.

ACTO PENITENCIAL

Después del saludo inicial se introduce con estas u otras palabras similares:

En este día la Iglesia celebra el *Domingo de la Palabra de Dios*: abrámonos a la presencia de Dios que, a través de su Palabra, quiere revelarse y habitar en nuestra vida.

Para que podamos acoger su presencia en esta celebración, nos reconocemos pecadores e invocamos con confianza la misericordia de Dios.

Sigue el acto penitencial, que podría ser el siguiente:

C. Señor, que eres la Palabra de Dios hecha carne, *Kyrie eleison*

R. *Kyrie eleison*

C. Cristo, que devuelves la vista a los ciegos con el poder de tu palabra, *Christe eleison*

R. *Christe Eleison*

C. Señor, que liberas nuestra vida del pecado, *Kyrie eleison*

R. *Kyrie eleison*

C. Dios Todopoderoso, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

Se canta el Gloria y luego comienza la Liturgia de la Palabra *more solito*.

Monición a la primera lectura

Ante el pueblo de Israel, que había sufrido de diversas formas, el profeta Isaías lo anima con el anuncio de un futuro mejor: "El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz". Jesús es esa Luz que nos ilumina de modo particular a través de su Palabra. La Palabra de Dios de esta manera nos guía y nos llena de esperanza.

Monición a la segunda lectura

San Pablo se dirige a los corintios para exhortarlos a salir de las divisiones. La Palabra de Dios, anunciada en la carta del Apóstol, también nos llama a nosotros a la unidad de la fe en Cristo. Somos los hijos de Dios reunidos para escuchar y seguir su Buena Noticia.

Monición al Evangelio

Mateo sitúa el inicio del ministerio de Jesús en Galilea, siguiendo la profecía de Isaías sobre esta región, como escuchamos en la primera lectura. Jesús se presenta como la Luz que ilumina el mundo anunciando la conversión y eligiendo a sus primeros discípulos.

ENTRONIZACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Para la proclamación del Evangelio, el Evangelionario se lleva en procesión desde el altar hasta el ambón, donde se incienso. Al final de la proclamación del Evangelio, el ministro, después de haber besado el texto sagrado, lo coloca en procesión sobre el trono, donde se abre y se incienso.

Un monitor explica el gesto con estas u otras palabras similares:

El libro que contiene la Palabra de Dios es llevado solemnemente y colocado en el trono. Es un gesto simbólico con el que no sólo elevamos la Sagrada Escritura en medio de nuestra comunidad orante, sino que también manifestamos nuestra voluntad de ponerla en el primer lugar de nuestra vida. Así la Palabra de Dios se convierte en el faro de nuestra existencia que ilumina nuestras decisiones e inspira nuestro actuar según la voluntad de Dios.

Sigue la homilía y la Santa Misa *more solito*.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Se puede usar la siguiente oración de los fieles, modificándola según las necesidades de la comunidad:

C. Queridos hermanos y hermanas, reunidos en asamblea para celebrar los misterios de nuestra redención, imploremos a Dios todopoderoso, para que por su Palabra se renueve nuestro camino hacia la santidad.

L. Oremos juntos y digamos: *Haznos, Señor, anunciadores de tu Palabra.*

1. Por el Papa, los obispos y los sacerdotes, para que amen cada día más la Palabra de Dios y la compartan con alegría en su profunda meditación con el pueblo a ellos confiado. Roguemos al Señor.
2. Por los lectores y catequistas que hoy recibirán su ministerio, para que, profundizando cada día en la Palabra de Dios, se configuren con ella y la transmitan con el testimonio de la propia vida. Roguemos al Señor.
3. Por los padres de familia para que, iluminados y fortalecidos por la Palabra de Dios, tengan la sabiduría para guiar a sus hijos, transmitiéndoles la fe. Roguemos al Señor.
4. Por toda la comunidad cristiana que escucha a Dios reunida en torno a su Palabra, para que crezca en la unidad y dé un auténtico testimonio del amor de Dios. Roguemos al Señor.
5. Para que nuestro corazón arda al escuchar las Escrituras y volvamos a la vida cotidiana con alegría anunciando y poniendo en práctica lo que Jesús nos pide. Roguemos al Señor.
6. Por cada uno de nosotros para que abramos nuestro corazón a la Palabra de Dios y así trabajemos juntos cada día para construir la paz. Roguemos al Señor.

C. Escucha, Padre misericordioso, estas oraciones que te dirigimos con fe por medio de tu Hijo, Verbo hecho carne, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote con las manos extendidas dice:

C. Dios, que manifestó su verdad y caridad en Cristo, os haga apóstoles del Evangelio y testigos de su amor en el mundo.

R. Amén.

C. El Señor Jesús, que prometió a su Iglesia estar presente hasta el fin de los siglos, guíe vuestros pasos y confirme vuestras palabras.

R. Amén.

C. El Espíritu del Señor esté en vosotros, para que caminando por las calles del mundo podáis evangelizar a los pobres y sanar a los contritos de corazón.

R. Amén.

Bendice a todos los presentes diciendo:

C. Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y permanezca siempre.
R. Amén.

Monición final

Agradecidos con el Señor por permitirnos celebrar el *Domingo de la Palabra de Dios*, volvamos a nuestra vida cotidiana con alegría, testimoniando y anunciando lo que hemos recibido.



Además de la Entronización de la Palabra en la Santa Misa, a nivel comunitario se pueden realizar las siguientes iniciativas pastorales:

Lleva la Biblia a la Iglesia

Pedir con anticipación llevar la Biblia a la Iglesia el *Domingo de la Palabra de Dios* y usarla en la liturgia de la Palabra en la Eucaristía.

Al final de la Misa o en los siguientes días de la semana, se pueden formar pequeños grupos para compartir su reflexión sobre el Evangelio.

Grupos de profundización sobre *Dei Verbum*

Para prepararnos al Jubileo del 2025, el Papa Francisco pidió releer las cuatro constituciones del Concilio Ecuménico Vaticano II. El Dicasterio, entonces, propuso crear una serie de pequeños volúmenes, en una sola serie titulada “Cuadernos del Concilio”. Con motivo del *Domingo de la Palabra de Dios* podría ser útil retomar y estudiar *Dei Verbum*. Para ello, sugerimos aquí los primeros cinco volúmenes de la serie que están dedicados a este documento y que podrían ser leídos y discutidos en pequeños grupos.

1. Elio Guerriero, *El Concilio Vaticano II*
2. Rino Fisichella, *La Revelación como Palabra de Dios*
3. Rino Fisichella, *La Tradición*
4. Antonio Pitta, *La inspiración*
5. Marco Cardinali, *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*

Separador

Se podrían entregar separadores con citas bíblicas para que la Palabra de Dios esté presente en sus lecturas.

Entregar citas bíblicas

Otra sugerencia es escribir varias citas bíblicas (solo la abreviatura) en un pequeño papel y enrollarlo; al final de la misa se puede dar a los fieles para que las lean en casa y las compartan en familia.

Lectura continua

Durante la semana del *Domingo de la Palabra de Dios*, o en determinados días escogidos, se puede dedicar a la lectura pública continua del Evangelio en la Iglesia.

Exposiciones bíblicas

Se podrán realizar muestras bíblicas, con imágenes, información, datos históricos y motivaciones para seguir profundizando en la Sagrada Escritura.

LA PALABRA DE DIOS EN FAMILIA

En efecto, a la auténtica paternidad y maternidad corresponde la comunicación y el testimonio del sentido de la vida en Cristo; mediante la fidelidad y la unidad de la vida de familia, los esposos son los primeros anunciadores de la Palabra de Dios ante sus propios hijos... Por eso, el Sínodo desea que cada casa tenga su Biblia y la custodie de modo decoroso, de manera que se la pueda leer y utilizar para la oración.

(Verbum Domini, 85)

1. Palabra compartida en familia

«Haz de tu casa una Iglesia» (J. Crisóstomo)

*La hierba se seca, la flor se marchita,
pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre (Is 40,8)*



«Haz de tu casa una Iglesia» Con estas palabras de san Juan Crisóstomo enlazamos la importancia de la familia como iglesia doméstica donde la Palabra de Dios este presente, para acompañar, anunciar, y testimoniar el encuentro permanente con el Señor, renovando la esperanza y, apuntando a la naturaleza y misión de la Iglesia.

En Rio de Janeiro, en 1997, el Papa Juan Pablo II recordó que la familia «es el santuario de la vida, don de Dios, donde es protegida de los múltiples ataques a que está expuesta» tratando de destruir su unidad y estabilidad, y haciendo de la cultura un ambiente cada vez más descristianizado.

Hoy decimos que nuestro mundo, la sociedad y la familia está en crisis porque se han modelado muchas formas veleidosas de vivir que, sin negar a Dios, parecieran no tenerlo en cuenta para nada. Quedan muy lejos aquellos días, cuando se hablaba de la familia formada por la madre, padre e hijos; y pareciera una utopía alimentar la esperanza

de consolidar familias cristianas donde no falte el pan, el techo y la educación; y tampoco la fe y la Palabra compartida con amor entre sus miembros. La familia padece el peso de la cultura dominante, que coloca la economía en el centro de la vida, al margen de la solidaridad y fraternidad, que terminan siendo irrelevantes. Rupturas, divorcios, ausencias, el eclipse de la figura paterna, madres solteras, niños abandonados y últimamente, las nuevas nociones en la concepción de familia y la práctica del aborto que muestran muy poco respeto por la vida humana.

Ciertamente, las familias no siempre propician un ambiente favorable para el afecto, la resistencia durante los momentos de crisis; ni tampoco un lugar para el amor y difusión por la Palabra de Dios, a lo que se suman las profundas transformaciones sociales y tecnológicas que afectan el estatuto de familia y amenazan con hacerla desaparecer.

La familia para crecer auténticamente humana, debe tener a Dios presente en su núcleo; como iglesia doméstica se aprende a ser padre, madre, hijo, hermano... a comprender lo que



significa formar parte del cuerpo místico de Cristo, a crecer fuertes, respetando el vínculo generacional y, como comunidad de fe fomentando la oración entre sus miembros, la asistencia asidua a los sacramentos, la lectura bíblica y las costumbres cristianas. Sabemos que no es fácil contagiar la fe y el amor a la Palabra en la familia porque es un proceso que nunca acaba (cf. *Rm* 12,18).

La Palabra tiene en sí una potencialidad que no podemos predecir. El Evangelio habla de una semilla que, una vez sembrada, crece por sí sola, también cuando el agricultor duerme (cf. *Mc* 4,26-29). La familia debe aceptar esa libertad de la Palabra, que es eficaz a su manera, y de formas muy diversas que suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas.

El mejor modelo que podemos tomar para hacer de la Palabra de Dios el culmen de la vida familiar es emular a la familia de Nazaret. No se trata de seguir teniendo un retrato desfigurado de la Sagrada Familia; asumiendo una “imagen ideal”: san José con barba, en su taller de carpintero o con una vara de nardo florecido en la mano; la Virgen María hermosa, inocente y dedicada a sus labores, y el niño aprendiendo el oficio de su padre. Todo parece idílico, pero, la familia de Jesús, al igual que la nuestra tuvo sus dificultades.

Apenas comprometidos José se da cuenta del embarazo de María antes de haber vivido juntos (cf. *Mt* 1,18); resolver este conflicto no fue sencillo, supuso diálogo, discernimiento y oración. Luego, Jesús nace en Belén, pasando la pareja dificultades en el viaje y para conseguir hospedaje. Además, sufrieron persecución política, y debieron exilarse en un país extranjero (cf. *Mt* 2,13-15).

Luego, no pueden regresar a Belén, sino a un pueblo perdido y desconocido de Galilea. Más tarde llevan el niño al templo y deben oír a un hombre de Dios, hablar de su destino (cf. *Lc* 2,35). Posteriormente se les pierde a sus padres por tres días (cf. *Lc* 2,41-51). Podemos imaginar entonces, una familia como la nuestra. Con estas palabras, el Evangelio nos da una pauta: la familia ideal no existe, pero, una familia que se gesta como iglesia doméstica, es aquella que escucha, acoge y vive la Palabra de Dios; aquella que se transforma en arquetipo cristiano, suscitando valores que propicien un encuentro personal con Jesús, para afirmar con los apóstoles: «no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4,20).

¿Qué desafíos se nos presentan? Cada vez más, la familia, la sexualidad y el matrimonio se ven como realizaciones personales y los primeros afectados son los hijos que deberían insertarse en un hogar que les garantice su crecimiento físico, espiritual y emocional. Si Jesús se valió de las parábolas para llegar a la gente, la vida familiar puede ser una gran invitación a ser parábola, al carisma del encuentro, a ser un internet evangélico, una invitación a formar redes espirituales con Jesucristo para que «la Palabra de Dios se difunda y resplandezca» (*2Tes* 3,1).

Hemos asistido con la pandemia a algunos cambios positivos, a una vuelta a lo personal y familiar; ésta se congrega para la liturgia, el rezo del rosario, la *lectio* o a la coronilla de la misericordia; la vivencia de los tiempos fuertes como encuentro y re-encuentro con la Palabra; con reflexiones de la Biblia con medios digitales, revalorizando cada momento y la valía de un abrazo y un “te quiero” en la distancia. Se han generado

propuestas novedosas de evangelización en un tiempo tan peculiar como el presente con iniciativas para incursionar en medios cibernéticos, destacándose un mayor protagonismo familiar. Dirá el Papa Emérito Benedicto XVI ratificando una enseñanza de siempre: “la fe cristiana no es una religión del Libro: el cristianismo es la religión de la Palabra de Dios”.

La primera historia de salvación empieza con la familia de Adán y Eva, y la segunda historia con la familia de María, que plenifica la historia de Israel, con Ella comprendemos que la familia es y debe ser cristocéntrica. En san José encontramos un magnífico ejemplo como hombre, esposo y padre; cuya sana paternidad fue la base para la experiencia espiritual de Jesús, con respecto al Abbá.

Leer hoy los signos de los tiempos a la luz de la Palabra de Dios, puede hacer del hogar una iglesia doméstica más robusta, que toque resortes emotivos y vitales profundos, es inspirar a todos los miembros del núcleo familiar a experimentar a Dios en forma nueva, a practicar el silencio, a amar, obedecer, acoger y trabajar. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde en la familia. Como la realidad es cambiante, la revelación de Dios va develando un nuevo rostro de Dios, que conservando los rasgos que perseveran, son la médula de la identidad cristiana, y va a la vez, se transforma para ofrecer respuestas a las nuevas situaciones familiares.

Recordando los versos de Rubén Darío: “siempre habrá frutos de esperanza en el útero eterno,” estamos viviendo un verdadero *kairós*, un momento histórico decisivo, con posibilidades inmensas para definir la misión transitando caminos de igualdad y fraternidad en el núcleo familiar. Seamos sal de la tierra y glorifiquemos al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,13-16). Es momento de convicciones más personales, de un mayor fervor y de referencia más existencial con Jesús.

Para concluir, se proponen algunas líneas de acción para compartir la Palabra en familia:

- Procurar que la familia sea eje transversal de los procesos pastorales de la acción evangelizadora en nuestras parroquias, impulsando la importancia de la catequesis familiar con la participación en los itinerarios de iniciación cristiana, que celebren la fe en el hogar y en la comunidad.
- Promover la misión e identidad de la familia en la Iglesia y la sociedad.
- Incidir en políticas públicas a favor de la vida, el matrimonio y la familia.
- Fortalecer el domingo en familia, día del Señor como tiempo de ágape y oración.

Una familia que vive según el Espíritu de Dios se reconoce por su madurez en la fe y en la fidelidad en el compromiso cotidiano y en una adhesión simple a la Palabra y a las renunciaciones de cada día.

2. Experiencia sobre la transmisión de la Palabra de Dios a los hijos

Soy Alessandro Dariva. He entendido que no hay mejor edad que otra para que un niño acoja la Palabra de Dios. Tenemos 5 niños, uno de ellos en el cielo, que van de 1 a 7 años y son ellos mismos a veces que nos brindan oportunidades para hablarles del Evangelio. Desde que están muy chicos, por ejemplo, quedan profundamente asombrados por el crucifijo. Esta imagen despierta su curiosidad impulsándolos a hacer preguntas como “¿quién es Él?” o aún más complicado “¿por qué está muerto?”.

Las imágenes, por tanto, así como los signos, nos ayudan a “sembrar” la palabra de Dios: las oraciones de la tarde o antes de las comidas, la bendición dada antes de dormir, etc...

El domingo, es un poco como el día de la cosecha. Por la mañana, después del desayuno, nos reunimos todos en torno a una pequeña mesa preparada por nosotros donde ponemos en el centro la biblia, un pequeño crucifijo y un cirio pascual. Así, oramos con las alabanzas de la mañana, cantando juntos los salmos con la guitarra y los diversos instrumentos que los niños eligen para acompañar. En definitiva, una pequeña fiesta. Después de esto se abre un evangelio, explicándoles que la palabra que estamos a punto de escuchar es como un regalo precioso y por lo tanto se necesita atención. Después de preguntar a los niños lo que entendieron y lo que les gustó, pasamos a la explicación. Este es el momento de recordarles, pero sobre todo a nosotros mismos, que la palabra de Dios está viva y habla a través de los hechos de nuestra vida, sean pequeños o grandes. La Palabra siempre produce fruto y compartir estos frutos completa la oración de las alabanzas en familia.

Sin embargo, los padres de familia somos la primera figura de Dios para un niño. Por eso pedimos siempre al Señor que nos haga santos, misericordiosos entre nosotros y con ellos, porque sabemos que la Palabra debe ir siempre acompañada de los signos de la fe, de lo contrario es vana e incompleta. Y esto los niños lo saben mejor que nadie, porque miran lo que hacemos, más que lo que les decimos como padres. Por eso, en definitiva, transmitir la palabra de Dios es una gracia, porque supera nuestras carencias y, aunque no seamos plenamente dignos, nos permite ver sus frutos y bendecir al Señor.

3. Propuestas pastorales

Un lugar privilegiado para la transmisión y recepción de la fe es la propia familia, donde de generación en generación se comparte experiencialmente lo recibido, es decir, las convicciones y certezas que surgen de la propia vida. Por eso es fundamental fortalecer y no perder este anuncio de fe en la familia.

Celebración de entrega de la Palabra a los hijos

Es una propuesta que quiere enfatizar la responsabilidad de los padres en la transmisión de la fe y en el encuentro personal de sus hijos con Jesucristo. Al mismo tiempo, sin embargo, demuestra la importancia de acoger la Palabra de Dios tanto para los padres como para los hijos, porque la Palabra no puede transmitirse si no ha sido recibida primero.

Sería oportuno que los padres pudieran preparar, en esta ocasión, un pasaje bíblico, que les gustaría leer con sus hijos, un texto que corresponda a la situación familiar y al estado de su fe. O bien, se puede usar el pasaje presentado a continuación.

Como signo particular de la entrega, se propone a los padres elegir una frase bíblica, escribirla (quizás con una breve motivación escrita o hablada durante la entrega), cerrarla en un sobre (o imprimirla en una cartulina de colores, enrollada o hecha tarjeta de otras maneras), y entregarla a sus hijos al final de la reunión.

La entrega de la Palabra podría desarrollarse de la siguiente manera:

Durante el Domingo de la Palabra de Dios, todos en casa se reúnen alrededor de la mesa, donde se coloca el crucifijo, un icono de la Virgen, una vela y la Biblia, según las posibilidades.

Uno de los miembros de la familia enciende la vela y dice:

- La luz de Cristo

Todos responden:

- Damos gracias a Dios

Luego, el papá o la mamá introduce la oración al Espíritu Santo. Puede hacerlo con estas palabras, o con otras, que estimen más adecuadas:

Os transmito lo que he recibido - estas palabras escritas por el Apóstol Pablo en la Primera Carta a los Corintios (15,3) nos recuerdan una gran verdad: uno sólo puede dar a los demás lo que ha recibido. Nos disponemos y estamos abiertos para acoger la Palabra de Dios y transmitirla entre nosotros, en la familia y, posteriormente, a quienes encontraremos en la vida cotidiana.

Pidamos ahora al Espíritu Santo que nos acompañe con su luz en este momento.

Se recita la siguiente oración (se puede dividir y recitarla varias personas):

Ven, Espíritu Santo, e ilumina mis pasos con tu luz.

Ven, Espíritu Santo, y haz que me abra completamente a tus inspiraciones.

Ven, Espíritu Santo, y dame la fuerza para poder anunciar y testimoniar tu presencia.

Ven, Espíritu Santo, y dame el amor y la comprensión de la Palabra de Dios.

Ven, Espíritu Santo, y abre mis oídos para que pueda escucharla.

Ven, Espíritu Santo, y dóname la fuerza de voluntad para seguirla y obedecerla.

Ven, Espíritu Santo, y renuévame con tu Palabra para ser una nueva criatura.

Ven, Espíritu Santo, y enciende en mí el fuego de tu amor para que pueda amar a todos los hombres, especialmente a los pobres y más necesitados.

Un miembro de la familia toma la Biblia, la abre y comienza a leer el siguiente pasaje del Evangelio de Lucas 8, 4-15. La parábola del sembrador.

Escuchen la palabra del Señor del Santo Evangelio según san Lucas

En aquél tiempo, habiéndose congregado mucha gente, y viniendo a él de todas las ciudades, dijo en parábola: «Salió un sembrador a sembrar su simiente; y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron; otra cayó sobre piedra, y después de brotar, se secó, por no tener humedad; otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ella los abrojos, la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, y creciendo dio fruto centuplicado.» Dicho esto, exclamó: «El que tenga oídos para oír, que oiga.» Le preguntaban sus discípulos qué significaba esta parábola, y él dijo: «A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas, para que viendo, no vean y, oyendo, no entiendan. «La parábola quiere decir esto: La simiente es la Palabra de Dios. Los de a lo largo del camino, son los que han oído; después viene el diablo y se lleva de su corazón la Palabra, no sea que crean y se salven. Los de sobre piedra son los que, al oír la Palabra, la reciben con alegría; pero éstos no tienen raíz; creen por algún tiempo, pero a la hora de la prueba desisten. Lo que cayó entre los abrojos, son los que han oído, pero a lo largo de su caminar son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a madurez. Lo que en buena tierra, son los que, después de haber oído, conservan la Palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia.

Todos los miembros de la familia besan el Libro de las Sagradas Escrituras.

Hacen un momento de silencio, durante el cual todos meditan y oran sobre el pasaje que acaban de escuchar.

Posteriormente los presentes, comenzando por los padres, pueden compartir sus reflexiones sobre la Palabra de Dios recién escuchada. Para facilitar el intercambio, se proponen las siguientes preguntas:

- ¿Qué parte del pasaje me impresionó/gustó más y por qué?
- ¿Con qué parte/imagen del relato bíblico me identifico?
- ¿Qué comportamiento o situación llamó mi atención?
- Si durante la lectura sentí alguna emoción ¿Cuáles y cuándo?
- ¿Este pasaje se relaciona con mi vida de alguna manera?
- ¿Me siento inspirado por las palabras escuchadas?

Si por el contrario se prefiere omitir el momento de compartir, se puede leer el siguiente comentario:

Esta parábola nos habla a cada uno de nosotros hoy, como les habló a los oyentes de Jesús hace dos mil años. Nos recuerda que somos la tierra donde el Señor siembra incansablemente la semilla de su Palabra y de su amor. ¿Con qué disposiciones lo acogemos? Y podemos hacernos la pregunta: ¿cómo es nuestro corazón? A qué terreno se parece: ¿a un camino, a un pedregal, a un arbusto? De nosotros depende que se convierta en buena tierra sin espinas ni piedras, y más bien labrada y cultivada con esmero, para que dé buenos frutos para nosotros y para nuestros hermanos.

Y nos hará bien no olvidar que también nosotros somos sembradores. Dios siembra buenas semillas, y aquí también podemos hacernos la pregunta: ¿qué tipo de semilla sale de nuestro corazón y de nuestra boca? Nuestras palabras pueden hacer mucho bien y también mucho mal; pueden curar y pueden herir; pueden alentar y pueden deprimir. Recuerda: lo importante no es lo que entra, sino lo que sale de la boca y del corazón.

PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, 13 de julio de 2014

Si los padres de familia han preferido utilizar un pasaje diferente, a su juicio más adecuado a las necesidades familiares, pueden iniciar sus reflexiones a partir de las siguientes preguntas:

- ¿Por qué hemos elegido este texto en particular?
- ¿Cuál es la importancia de este pasaje para nosotros?
- ¿Qué palabras/frases queremos compartir con vosotros especialmente y por qué?

Después del comentario, todos dicen juntos la oración del Señor:

- Padre nuestro que estás en el cielo...

Terminada la oración, los padres pueden entregar a cada uno de los hijos el sobre con la frase bíblica que hayan elegido, explicando el gesto con estas u otras palabras similares:

- Como padre/padres he pensado/hemos pensado elegir esta frase de la Biblia para ti/vosotros. La Palabra de Dios ilumine tu camino, tus pensamientos y tu corazón.

Después de la entrega, la persona que encendió la vela toma la Biblia y hace la señal de la cruz, bendiciendo a toda la familia con la Sagrada Escritura, diciendo las siguientes palabras:

- Que la bendición de Dios descienda sobre nosotros y con nosotros permanezca siempre.

Se apaga la vela, diciendo:

- Quédate con nosotros, Señor, ahora y por todos los días de nuestra vida. Amén



Lectio Divina en familia (Mt 4,12-23)

Premisa

«Les abrió la mente para comprender las Escrituras...» (Lc 24,45). Esta es la certeza que sostiene a todo aquel que se acerca a la Escritura para gustar la Palabra contenida en ella. El entrelazamiento de la Palabra de Dios y las palabras humanas marca y orienta la vida de los hombres y mujeres que quieren conocer a Dios en Cristo Jesús *Palabra hecha carne*.

«La dulzura de la Palabra de Dios nos impulsa a compartirla con los que encontramos en nuestra vida para expresar la certeza de la esperanza que contiene (cf. 1Pe 3,15-16). [...] La Palabra de Dios es capaz de abrirnos los ojos [...] mientras abre el camino al compartir y a la solidaridad» (*Aperuit illis*, 12.13). En esta melodía puntuada por la escucha y el diálogo, el dinamismo de la Palabra de Dios continúa su camino en la vida de cada persona y en la comunidad, entre las palabras humanas y en la historia, llamando a la participación activa y corresponsable de todos en la vida y en la misión de esa *Iglesia en salida* tan deseada por el Papa Francisco. Con este sentimiento común, nos dejamos encontrar por Jesús el Cristo *dabar* de Dios, nos dejamos atrapar por una Palabra que hace lo que dice, sana, solicita, libera y consuela, una Palabra de Amor, un Amor que nos ha precedido y siempre nos precede y nos hace nuevas criaturas, día tras día.

Invocando la luz del Espíritu Santo, abrimos la página del Evangelio de Mateo en el Capítulo 4, en los versículos del 12 al 23.

Contexto (vv. 12-16)

El pasaje se abre con una anotación de carácter geográfico que lleva al lector a seguir el paso de Jesús desde Nazaret a Cafarnaúm en el delicado pasaje entre su ministerio que está a punto de comenzar y el del Bautista que le precedió. De fondo está el *cumplimiento* profetizado por Isaías (Is 8,23-9,1) y que el evangelista Mateo reporta como el sello de la luz tan esperada. La referencia es al anuncio de liberación dirigido a las regiones del norte bajo el dominio asirio. La venida de Jesús es esa luz esperada según el plan de Dios ya anunciado en el Primer Testamento que va más allá de los perímetros geopolíticos y que se ofrece a todos: a Israel y al mundo entero.

Se trata de información preciosa y significativa que permite al lector adentrarse en el Misterio del *Reino que se ha acercado* en la obra mesiánica de Jesús de Nazaret, en su predicación y anuncio de la buena nueva del Reino de Dios (Mt 4,23// Mc 1,14-15; cf. Mt 24,14; 26,13) que actúa en la historia del pueblo. Además, todo comienza de manera sorprendente: no según la lógica humana, no partiendo del centro religioso por excelencia del judaísmo, Jerusalén, sino de una región periférica y multiétnica, habitualmente desdeñada y considerada contaminada por el paganismo: la *Galilea de los gentiles*. donde se pone la misión de Jesús en continuidad con la predicación del Bautista (Mt 3,2) y se libera el *kerygma*.

«Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca» (v.17): núcleo central del mensaje de Jesús

Entre las ciudades de Galilea, Cafarnaúm es un lugar teológico y centro de la acción de Jesús, llamada «su patria» (Mc 2, 1 y Mt 9, 1). Es interesante notar que Pedro tenía allí una casa (Mc 1,29; 2,2; cf. Mt 8,14; Lc 4,38). Cafarnaúm, se convierte en el centro de la predicación de Jesús desde donde parte la invitación a la conversión con todo su poder salvífico. La Palabra hecha carne es ese reino que se hizo cercano, hizo incursión en la historia, se dejó tocar, abrazar, se hizo palpable con gestos y palabras de una novedad sin precedentes para que el *Padre se pudiera ver* a través del Hijo (cf. Jn 14,9). Jesús *Kyrios*, el Cristo, es el Reino que ya aquí se puede experimentar y que remite al Reino no de este mundo (cf. Jn 18,36) donde *reinar significa servir y amar*, donde *los últimos se convierten en primeros* (Mt 19,30); donde el mayor es el que sirve (cf. Lc 22,24-27); donde una mujer se cura por haber tocado el borde de su manto (Lc 8,43-48) y donde otros lo han seguido de principio a fin (cf. Lc 8,1-3), donde se quita la túnica, se ciñe una toalla y se lavan los pies (cf. Jn 13, 1ss), donde por Amor se deja clavar en el madero de una cruz en la certeza de que florecerá en la mañana de Pascua. He aquí el manifiesto programático de Jesús que vive en la Iglesia.

¡Convertíos! Es una invitación a *cambiar*, a volver la dirección hacia el camino que lleva a la salvación. Es la invitación a creer en el Reino que se ha acercado para manifestar la soberanía del amor de Dios en la misma persona de Jesús el Señor – en sus gestos y palabras llenas de un amor sin precedentes – a la humanidad pecadora, herida, enferma, discriminada, sin esperanza. Se trata de acoger la Salvación que toca para entrar en la casa de los que están preparados y abiertos para acogerla (Lc 19, 9). Hay una posibilidad, siempre hay una posibilidad de volver al camino de la vida.

Llamada de los primeros discípulos (vv. 18-22)

En el escenario del lago, el trasfondo es el de lo ordinario en la vida cotidiana: son pescadores empeñados en hacer su trabajo entre las redes, las barcas y los peces. Todo comienza con una mirada. Corresponde primero a Pedro y a Andrés ser alcanzados por esos ojos (los de Jesús) que comunicaban antes que las palabras pronunciadas. Luego, con una dinámica similar, se dirige a otros dos hermanos Santiago y Juan para invitarlos a seguirlo.

Qué hace Jesús

Via: no es una simple ver sino detener la mirada en el discípulo para indicar su predilección y elección. El verbo *oraō*, referido a Jesús, al aoristo (εἶδεν) suele usarse en las llamadas al seguimiento. Ante todo, conviene señalar que el verbo *oraō* utilizado por Mateo se repite dos veces (vv. 18,21) y designa un ver *más allá y alto*: el de la fe, cuando se refiere a los creyentes; el de estar con autoridad al referirse a Jesús.

Les dijo: es sólo en un segundo momento que Jesús les dirige la palabra, palabra viva, con autoridad, significativa y que contiene una invitación/mandato explícito: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». Se pone en evidencia la centralidad de Jesús y su iniciativa capaz de transformar y dar sentido a la vida. Él, el *Kyrios*, tiene el poder de transformar a simples pescadores en discípulos.

Los llamó: cuatro hermanos fueron llamados, de dos en dos, perfilando casi inmediatamente ese envío en misión (Mc 6,7) por los caminos, por los pueblos y por todo

el mundo. Son reunidos de entre la trama cotidiana de la vida, en el transcurrir normal de una jornada de trabajo de pesca mientras unos *echaban sus redes al mar* y mientras los otros, *junto con su padre Zebedeo, reparaban sus redes*.



Qué hacen los discípulos

Las dos escenas del llamado están construidas de manera similar en su vocabulario y en su esencialidad (vv. 20.22). Entre la prontitud de la respuesta, en un crescendo entre redes para dejar (trabajo) y luego, además, la barca y el padre (raíces e identidad social), se configura un seguimiento exigente y profundo que es el camino del Maestro. Es un seguimiento que pone en marcha como indican sus elementos constitutivos: *dejar y seguir*. Es una misión que se apoya sobre coordenadas fundamentales: compartir/comunión con el Señor Jesús y salir al mundo a *practicar otro tipo de pesca*: el testimonio hasta el punto de dar la vida.

La actividad de Jesús (v. 23)

El v. 23 a través de cuatro verbos constituye una especie de resumen conclusivo del pasaje. En un solo versículo se condensa toda la actividad de Jesús: *recorría, enseñando, proclamando, curando*. Es Jesús quien va (*recorría*) en busca de hombres y mujeres por las calles de Palestina para llevarles la salvación. Enseñaba en las sinagogas, comenzando con la *Torá* y los profetas. Proclamaba el evangelio del Reino: el *kerygma*, contenido central de su mensaje; Jesús curaba y liberaba del mal. Preludio de la que será la última página mateana con su fórmula bautismal (Mt 28,18-20) que recuerda el significado teológico de Galilea donde todo comenzó, donde Jesús había anunciado el Reino y realizado curaciones;

donde había experimentado la aceptación y el rechazo (Mt 11,20-24; 13,53-58), y desde donde desaparecerán las fronteras, se abrirán otros y numerosos caminos con una sola certeza: «Id y haced discípulos a todos los pueblos [...]. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,19-20).

Una luz para nosotros

La Iglesia, que es el conjunto de los convocados, tomó forma a partir de los cuatro pescadores expertos, reunidos en este pasaje, de los cuales Jesús, a través de la pedagogía del “estar con Él”, los hace testigos creíbles, heraldos apasionados, mensajeros humildes, conscientes de ser *oligopistoi* (Mt 6,30; 8,26; 14,31; 16,8; 17, 20; Lc 12,28). El evangelista Mateo, en el amplio uso de esta palabra en su Evangelio, destaca la *pequeñez y pobreza de fe y confianza* de los discípulos en su camino junto a Jesús, a veces fatigoso. Metáfora de la vida de los creyentes que, ante las dificultades, pueden caer en la desconfianza. Estamos llamados hoy a mirar con asombro y nuevo entusiasmo a los que fueron los primeros en ir a la escuela de Jesús, renunciando a la idea de un reino glorioso y de un Mesías victorioso, en la experiencia viva de un reino «no de este mundo» (Jn 18,36), pero que en este mundo cuidará de los pequeños, de los hambrientos, de los encarcelados, de los olvidados, de los que no tienen voz, de los insignificantes según la lógica del mundo (cf. Mt 25, 31-46).

Pedro y Andrés, Santiago y Juan y los otros ocho, como tantos otros, así como las mujeres que lo habían seguido desde Galilea hasta Jerusalén – María Magdalena, Juana, Susana y muchas otras (cf. Lc 8, 1-3) – una cadena, de dos mil años y más, de nombres, relaciones, encuentros, experiencias de esa salvación que ha llegado también a cada uno de nosotros, como comunidad de creyentes, en ese sí que nació y fue sellado en el Bautismo.

En este sentido, estamos llamados a ser cada vez más hombres y mujeres que, a la luz de la Palabra «viva», o más bien «viviente», «eficaz» (llena de «energía», de «fuerza viva»), «más cortante» que una espada de doble filo, estén dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en nosotros (1Pe 3,15) y a anunciar con pasión y alegría aquello que hemos visto, tocado y experimentado (1Jn 1,1).

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA COTIDIANA

Cuanto más sepamos ponernos a disposición de la Palabra divina, tanto más podremos constatar que el misterio de Pentecostés está vivo también hoy en la Iglesia de Dios. El Espíritu del Señor sigue derramando sus dones sobre la Iglesia para que seamos guiados a la verdad plena, desvelándonos el sentido de las Escrituras y haciéndonos anunciadores creíbles de la Palabra de salvación en el mundo.

(Verbum Domini, 123)

1. Palabra vivida con valentía

«Pues no me avergüenzo del Evangelio» (Rm 1,16)

San Pablo predica a partir de la experiencia que ha tenido de Cristo, de la gracia del Espíritu Santo, sabiéndose hijo de Dios. Los escritos paulinos no se detienen en la enseñanza de la vida cristiana, sino profundiza en la salvación de la humanidad por Jesucristo. En consonancia con la enseñanza de los Apóstoles y la fe de la comunidad de creyentes, señala «que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día» (1Cor 15,3s). La vivencia de la fe se deduce de las exigencias intrínsecas a la justificación concedida por Dios, del perdón de los pecados y la santificación concedida en los sacramentos, particularmente en el bautismo.

En la enseñanza del Apóstol se invita constantemente al ejercicio de la caridad cristiana, pues no hay espacio para una vida pasiva, y existe el convencimiento de que toda capacidad en la respuesta personal procede de Dios. Se advierte el peligro de buscar construir sobre las propias fuerzas: «Así pues, el que crea estar en pie, mire, no caiga» (1Cor 10,12). Enseña la íntima y necesaria relación que existe entre la fe y la vida: la fe requiere un estilo de ser, particularmente en la caridad (cf. Gál 5,6), recordando que tal esfuerzo no es consistente si no se apoya en el poder de Dios.

Hay necesidad de la ayuda de Dios en la vida cristiana y la impotencia del hombre frente a la ley: «Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rom 7,22s). Ahora bien, «lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu» (Rom 8,3-4). El discípulo tiene necesidad de Cristo. En la obra de la redención no es posible conseguir la justicia que la ley perseguía, sino solamente por medio del Redentor. La ley, aunque viene de Dios y es, en sí misma, buena, no tiene el poder de dar la vida: «Si se nos hubiera otorgado una ley capaz de dar vida, en ese caso la justicia vendría realmente de la ley» (Gál 3,21); e, incluso, su cumplimiento puede inducir al hombre a «gloriarse de sí mismo» (cf. Rm 2,17.23). Sólo en Cristo puede la humanidad vencer en la lucha contra el pecado y cumplir la ley.

Con el auxilio divino, donado a la humanidad, se posibilita una determinada forma de vida: «En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos» (Ef 2,10). La capacidad operativa es radicalmente diversa con la gracia de Dios, iniciando porque hay una nueva creación; la acción de Dios no se reduce sólo a potenciar las acciones humanas, sino llega a la raíz de la realidad de toda persona. «Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente» (Tit 2,11s; cf. 2Cor 5,17). En el bautismo se realiza la transmisión cultural a la nueva vida en la que el creyente es

introducido: «Él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo...» (Tit 3,5).

El Apóstol de los gentiles llama vivamente a seguir a Cristo, Palabra de vida eterna, en el Espíritu: «Os digo esto: proceded según el Espíritu, y no deis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí tan opuestos, que no hacéis lo que queréis» (Gál 5,16s). Los frutos del Espíritu son: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí; contra tales no hay ley» (Gál 5,22s; cf. 2Cor 6,6; Ef 5,9; 1Tim 4,12). «Los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz... vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,5.6.9).

Es el Espíritu quien ha liberado al bautizado de la opresión del pecado y le motiva desde su interior: «Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8,11). Aunque san Pablo en ocasiones se dirige a los bautizados como «esclavos de la justicia» (Rm 6,18) o también «esclavos de Dios» (Rm 6,22), lo hace siempre en términos de analogía. El Espíritu guía, conduce, nunca obliga o empuja a una determinada actuación, al contrario, reclama en toda circunstancia la libre determinación (cf. Rom 8,14). El Santo Espíritu es, no sólo un «maestro interior», sino ante todo el principio de una vida propiamente divina en Cristo.

«Vivir en Cristo, existir en Cristo» significa que la vida del discípulo emana de su unión con el Hijo de Dios, como su fuente, su ejemplo y su autor.

2. Examen de conciencia bíblico

I. Deberes para conmigo mismo

1. ¿He olvidado pensar con criterios sobrenaturales, mis pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres? (*Mc 8, 33*)
2. ¿Soy cristiano de sal insípida, luz escondida (*Mt 5,13*) y levadura que no fermenta la masa? (*Mt 13,33*)
3. ¿Amo al amigo, pero aborrezco al enemigo? (*Mt 5,43*)
4. ¿Me atrevo a caminar por la senda estrecha? (*Mt 7,14*)
5. ¿Quiero ocupar los primeros puestos y ser honrado por los demás? (*Lc 14, 8*)
6. ¿Prefiero ser servido a servir? (*Mt 20, 28*)
7. ¿Me dejo llevar por mis estados de ánimo y no soy fiel a mis compromisos? (*Lc 16,10*)
8. ¿Quiero vencer el mal con el mal? (*Rom 12,21*)

II. Deberes para con los demás

9. ¿Reconozco a Jesús en el hambriento, lo veo en el enfermo o en el encarcelado? (*Mt 25, 42*)
10. ¿Ayudo al que está herido a la orilla del camino o doy la media vuelta? (*Lc 10,31*)
11. ¿Me cobro "ojo por ojo" y "diente por diente", y no pongo la otra mejilla cuando me golpean? (*Mt 5,39*)
12. ¿Veo la paja en el ojo ajeno y no veo la viga en el mío? (*Mt 7,3*)
13. ¿He herido al hermano con ironías, burlas, olvidos, incomprensiones? (*Mt 5, 22*)
14. ¿Creo división y no quiero colaborar con los que "no son de los míos"? (*Mc 9, 38*)
15. ¿No considero a los demás como superiores a mí? (*Flp 2,3*)

III. Deberes para con Dios

16. ¿Amo a Jesucristo sobre todas las cosas? ¿Tengo las cosas por basura o estoy apegado a ellas? (*Flp 3,8*)
17. ¿He dejado enfriar el primer amor? (*Ap 2,2-5*)
18. ¿Quiero seguir a Dios sin tomar mi cruz, ni negarme a mí mismo? (*Lc 9, 23*)
19. ¿Me contento con decir "Señor", "Señor"; hablo mucho y hago poco? (*Mt 7,22*)
20. ¿Escatimo mi perfume y me parece mal derramarlo a los pies de Jesús? (*Lc 12, 5*)
21. ¿Creo que es posible servir a Dios y al dinero? (*Mt 6,24*)
22. ¿Después de poner la mano en el arado, miro hacia atrás? (*Lc 9,62*)
23. ¿Dejo que se apague mi lámpara cuando el Señor tarda en llegar? (*Mt 25,11*)

3. Propuestas pastorales

El cristiano ama la Palabra de Dios transmitida por la Sagrada Escritura porque «ignorar la Escritura es ignorar a Cristo» (San Jerónimo). El encuentro con la Palabra de Dios es un encuentro con quien nos ama, por eso necesitamos tener un contacto frecuente con la Palabra de Dios y ponerla en el centro de nuestra vida.

Lleva siempre la Palabra contigo en tu teléfono móvil. Consejos prácticos

El celular se ha convertido no solo en una herramienta cotidiana, sino también en una extensión de la propia persona, especialmente para los más jóvenes, que no pueden salir de casa sin él, lo llevan siempre y a todas partes. Se ha vuelto indispensable. Durante el habitual Ángelus dominical, el Papa Francisco invitó a los fieles a llevar la Biblia consigo a todas partes, tal como lo hacemos con el teléfono móvil. Nuestro desafío como cristianos es hacer que este dispositivo, ahora parte de nuestras vidas, nos ayude en nuestro camino de fe.

Como bien sabemos, se puede tener fácilmente la Biblia en tu teléfono móvil para consultarla en cualquier momento, existen varias aplicaciones y páginas de internet en diferentes idiomas, no solo con la Biblia sino también con las lecturas de la Santa Misa de cada día, páginas donde se puede leer o escuchar la Palabra de Dios, páginas con comentarios y reflexiones de la misma. Algunos incluso combinan textos de la Sagrada Escritura con el Catecismo de la Iglesia Católica y algunas reflexiones, por ejemplo, YOUCAT Daily, disponible en 6 idiomas.

Se sugiere tener una de estas aplicaciones (la que más te pueda ayudar) en la página principal de tu celular y activar un recordatorio en tus notificaciones para tener un momento al día de encuentro con la Palabra de Dios, de tal modo que te acompañe donde quiera que vayas.

¿Ya leíste toda la Biblia?

Hay aplicaciones de la Biblia donde puedes configurar planes de lectura, leer los versículos e insertar resaltados, marcadores; también existe la función de compartir en las redes sociales.

¿Conoces la constitución *Dei Verbum*?

La constitución *Dei Verbum* es el documento del Concilio Vaticano II que trata sobre la Revelación Divina, que recibimos de manera particular a través de la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia. Se puede encontrar fácilmente en el sitio web vatican.va.

¡Profundizar la *Dei Verbum*!

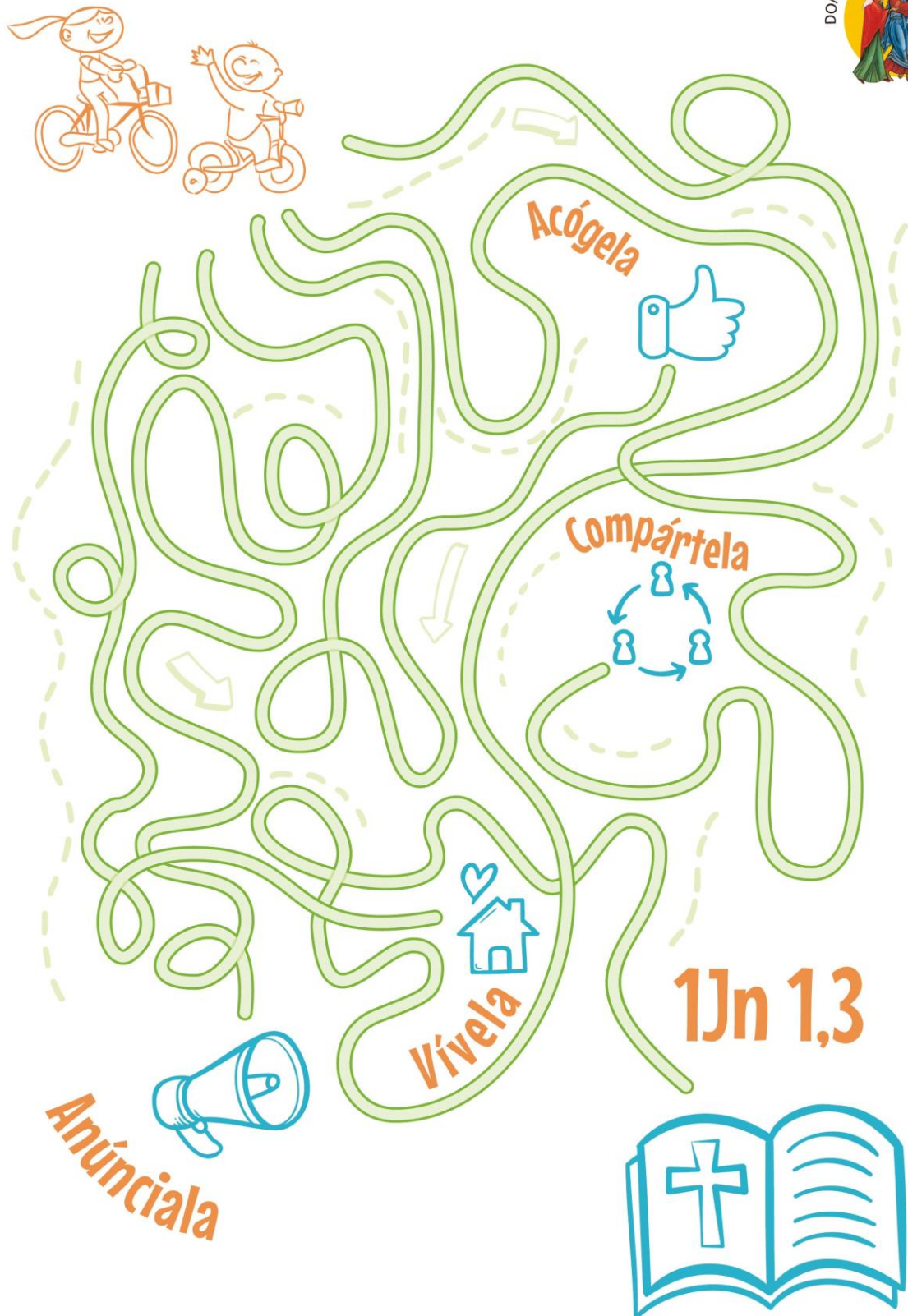
Para profundizar en este precioso documento, se sugiere leer los primeros pequeños volúmenes preparados por el Dicasterio con motivo del 60º aniversario del inicio del Concilio Vaticano II y como preparación al Jubileo 2025.

Visitar una iglesia

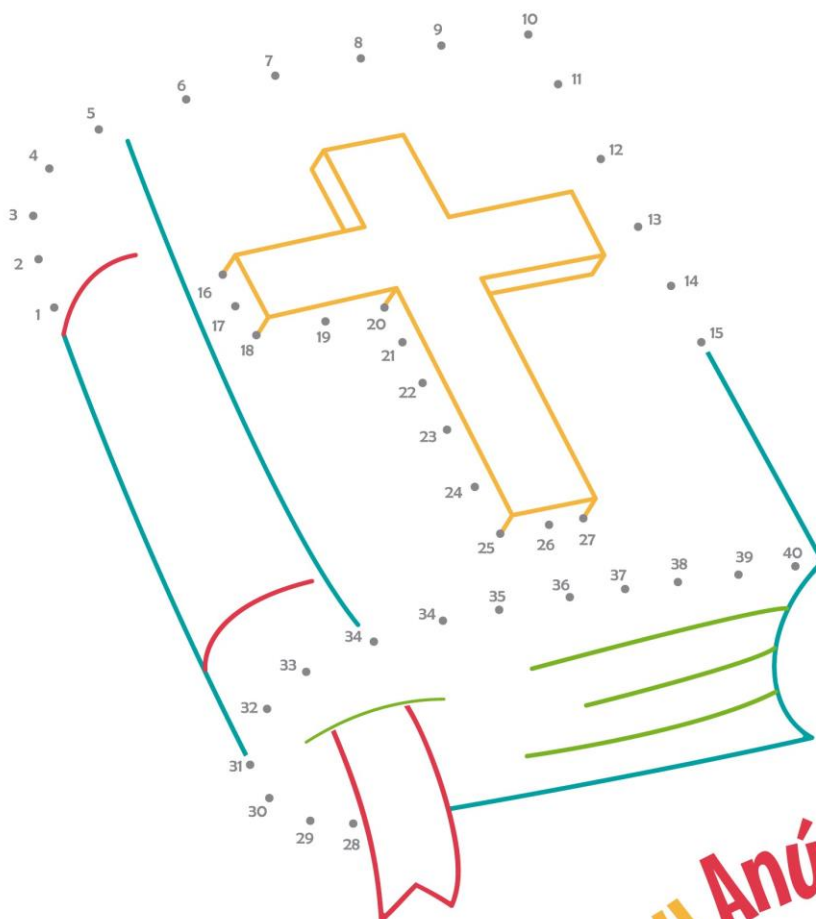
Para los niños y jóvenes, también se podría sugerir una iniciativa “mistagógica” de este tipo: entrar en una Iglesia de su propia diócesis con frescos, mosaicos o vitrales e identificar los episodios bíblicos que narran, deteniéndose en los detalles, las miradas, los aspectos que puedan despertar especial curiosidad.

La Palabra de Dios para los niños

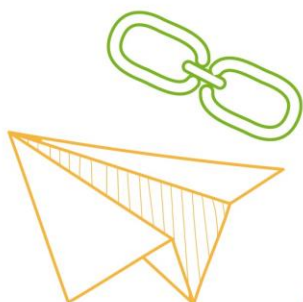
Sigue los caminos para encontrar la Palabra de Dios y las actitudes para recibirla.



Une los puntos siguiendo el orden numérico.
Al terminar, colorea las imágenes.



Acógela, Compártela, Vívela y Anúnciala



1Jn. 1,3.

APÉNDICE:

¡ANUNCIADORES DE LA PALABRA!

Así, pues, con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados «la palabra de Dios se difunda y resplandezca» (2Tes 3,1) y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio Eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios que «permanece para siempre» (Is 40,8; cf. 1Pe 1,23-25).

(Dei Verbum, 26)

1. Anuncia lo que has visto

(Cf. 1Jn 1,3)

Juan, el discípulo amado de Jesús, desea ofrecer a todos los seguidores del Mesías Crucificado y Resucitado lo más deseable: la comunión de todos con el Padre y el Hijo. Por eso no puede dejar de anunciar lo que ha visto y oído, junto con los otros primeros discípulos de Cristo. Su *koinonía* – fruto de la Pascua – se basa precisamente en estos tres pilares: ver, oír, anunciar. *Anunciar* lo que se ha experimentado es compartirlo, extendiendo la felicidad de Dios a toda la humanidad, ofrecida de nuevo a sus criaturas en la nueva creación aún más abundantemente que en la primera creación.

Ya al comienzo de su misión, Jesús sintetizaba todo el Evangelio en las ocho bienaventuranzas, expresiones definitivas en la asignación del Reino a los discípulos. Siendo «palabras performativas» que realizan lo que dicen, los ocho «macarismos» ofrecían la misma felicidad de Dios incluso a aquellos que tuvieran un corazón puro. ¡Precisamente estos verían a Dios! (cf. Mt 5, 8).

Ver a Dios

Es una nostalgia que todo corazón humano lleva dentro de sí, incluso de manera subconsciente, siendo cada uno moldeado por Dios a su imagen y semejanza y animado por su Espíritu. Uno de los discípulos de Jesús lo expresó a su manera: “Muéstranos al Padre y nos bastará”. De la respuesta de Cristo en el Cenáculo, todos hemos aprendido: “Quien me ve a mí, ve al Padre” (cf. Jn 14, 8-9).

Sin embargo, desde que el Resucitado ascendió al cielo y desapareció a la vista humana (cf. Hch 1, 9), ver a Jesús para ver al Padre nos lleva al don y a la tarea de verlo en todos los demás seres humanos. No bastará aquí un simple “mirar”, ya que no coincide automáticamente con el “ver”, como el mismo Jesús había experimentado respecto a su Persona y su obra cuando les dice “Porque viendo no ven...” (cf. Mt 13, 10-17).

En la conclusión escatológica de la historia de la salvación, “cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 2). Antes de que esto suceda, inmersos en la historia, estamos invitados a caminar con los ojos de un “corazón puro” – ojos felices, porque son capaces de “intuir” y “percibir” signos de la presencia de Jesús en cada hermano, por quien Él se ofreció en la cruz. Fue la suprema revelación del amor de Dios, pues – según las palabras de Pablo – “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8).

Es lo que el Discípulo amado vio con sus propios ojos, de pie bajo la cruz de Cristo, junto con su madre María. Esto es lo que – tras la noticia que llega a través de María Magdalena en la mañana de la resurrección – corriendo junto con Pedro al sepulcro vacío, al final “vio y creyó” (Jn 20, 8).

¿Qué vieron los primeros testigos?

Antes de que el Resucitado se les apareciera en persona, vieron todos los signos de que la tragedia del Viernes Santo se había convertido en lo que les había sido prometido:

era el comienzo de la *nueva creación*, de la victoria del amor y de la vida que no muere más. Era el comienzo de lo que comprenderían aún mejor con la efusión del Consolador el día de Pentecostés: todo se recapitulaba en Cristo y la humanidad podía respirar el aire de las bodas del Cordero, preparándose para convertirse en su Esposa para siempre.

¿Se le puede ver en la historia llena de contradicciones y persecuciones que siguió después? Con los ojos de un corazón puro se puede. Y no se trata sólo de “ver” que todo otro ser humano es un “tabernáculo” de Cristo, sino también de que la fuerza de la nueva creación se realiza en la debilidad de sus testigos (cf. 2 Cor 12,9). Es necesario “ver”, es decir, “comprender” con la ayuda del Espíritu, cómo a lo largo de la historia de la creación se sigue gimiendo y sufriendo “en los dolores del parto”, esperando con impaciencia la revelación de los hijos de Dios, mientras la humanidad sigue deseando la definitiva “adopción como hijos” y “la redención de nuestro cuerpo” (cf. Rm 8,19-25).

Aquí también es Pablo quien nos ayuda a comprender mejor lo que Juan nos dijo que hiciéramos: ¡“anunciar” lo que hemos visto! Pero Juan lo resume en el término “*koinonía*”. Es esa comunión que en el Espíritu de Amor se convierte en abrazo definitivo de la humanidad reconstituida en Cristo (hijos en el Hijo) de parte del Padre eterno, que ha reencontrado en el corazón de Adán ese paraíso que pretendía disfrutar con los hijos del hombre.

¿Cómo anunciarlo? Palabra y obras...

Si se ha “visto” y “oído” algo de vital importancia, no se puede callar, aunque no siempre será la “boca” la que anuncie primero la novedad de “la Vida sin ocaso”. El amor de Dios derramado abundantemente en el corazón de los creyentes (cf. Rm 5,5) es a la vez fuerza y designio de Dios capaz de crear las estructuras correspondientes a la identidad agápica de la humanidad renacida en Pascua. Lo que en la antigüedad se percibía como *verdadero, bueno, bello y justo* podrá de nuevo traducirse en realizaciones de paz y dinamismos de crecimiento, convirtiéndose en el alma de la creatividad propia de cada nueva generación humana.

Como al principio, también aquí será mejor confiar en la promesa de Jesús, según la cual –trazada ante las instancias resistentes y persecutorias– los apóstoles de Cristo recibirán también la Inteligencia superior encarnada en cada situación: “no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros” (Mt 10, 19-20).

Habrán “plataformas” para encuentros interhumanos y siempre nuevos. Las tecnologías humanas querrán proponer de forma autónoma, a menudo con arrogancia y sin alma, “paraísos digitales” de todo tipo, donde, sin embargo, el “toque humano” resurgirá con una vitalidad aún más fecunda, dado que ninguna máquina sustituirá al abrazo humano, signo de abrazo definitivo en Dios (la *koinonía* joánica). Las relaciones humanas renacerán entretejidas con lazos de don que sabe ofrecerse por el Otro aun perdiendo la propia vida. En efecto, este es el *humanum* soñado por Dios y reconquistado en el corazón de Cristo, traspasado por amor y vuelto a la vida con su paz que –anunciada– es la terapia constante de las interminables heridas humanas, asumidas como propias por el Resucitado.

2. El logo para el Domingo de la Palabra de Dios

Los discípulos

«Dos de ellos se dirigían a una aldea» (Lc 24,13). En los dos discípulos, Lucas capta el rostro de todos los creyentes. La atención a la reciprocidad entre lo masculino y lo femenino, que recorre toda la historia lucana, ha llevado a algunos exegetas a verlos como una pareja, identificando en el discípulo anónimo a la esposa de Cleofás.

El Resucitado

Con discreción, Jesús emprende nuestro camino, «se pone en el medio», habitando nuestra historia, nuestras preguntas. Él cuestiona y escucha tanto a quienes expresan su decepción como a quienes la mantienen en silencio en sus corazones: «Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar con ellos» (Lc 24,15).

La luz

Cuando tiene lugar la puesta del sol, otra luz calienta los corazones de los discípulos: la luz de la Palabra. En el gesto eucarístico encontrará su plenitud, en plena comunión con el Maestro: «Entonces sus ojos se abrieron y lo reconocieron» (Lc 24,31).

La estrella

Dada por el Resucitado, es el signo de la evangelización: «Ellos contaron lo del camino y cómo lo reconocieron al partir el pan» (Lc 24,35).



El pergamino

El misterio de la salvación se revela en el diálogo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. «Y empezando por Moisés y todos los profetas, les interpretó lo que sobre él hay en todas las Escrituras» (Lc 24,27).

Los pies

El Resucitado comparte los pasos del hombre y el poder de su Palabra sabe cómo dirigirlos en la dirección correcta porque «tu Palabra es una luz para mis pies, y una antorcha para mi camino» (Sal 119,105). Por eso ellos «se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén» (Lc 24,33).

El bastón

Delgado e incierto, como todas las certezas humanas, expresa la fragilidad de los discípulos que «se detuvieron entristecidos» (Lc 24,17). El Resucitado les da fuerza con la Palabra «viva y eficaz y más aguda que espada de dos filos... capaz de juzgar los sentimientos y los pensamientos» (Heb 4,12).

El Logo del Domingo de la Palabra de Dios se inspira en el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús (cfr. Lc 24,13-33) y pone de relieve el tema de la relación entre los caminantes, expresado en miradas, gestos y palabras. Jesús aparece como el que “se acerca y camina con” la humanidad (Lc 24,15), “habitando entre nosotros” (Jn 1,14). En él “no hay judío y griego; esclavo y libre; hombre y mujer, porque todos somos uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28).

Caminando entre los suyos, revitaliza sus pasos, señalando los horizontes de la evangelización, representados en el logo por la estrella: «Él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz» (Jn 10,3-4).

Sus palabras son una con las del pergamino que tiene en sus manos: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?» (Ap 5,2). Si los dos discípulos se pierden ante los misterios de la historia, inmediatamente se les tranquiliza: «Deja de llorar; pues ha vencido el león de la tribu de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos» (Ap, 5,5). «Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Lc 24,27).

La familiaridad con la Palabra de Dios nace de la relación, de la búsqueda, en las páginas sagradas, del rostro de Dios. La Escritura no nos ofrece conceptos sino experiencias, no nos sumerge sólo en un texto, sino que nos abre también al encuentro con el Verbo de vida, decisivo «para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena» (2Tim 3,16-17).

Al fondo una gran luz: hay quienes ven sólo una al atardecer evocando Lc 24,29; a nosotros nos gusta recibir «el sol que nace de lo alto» (Lc 1,78) y que, en el Resucitado, anuncia el amanecer de una nueva misión destinada a todos los pueblos: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15).



**«Os anunciamos
lo que hemos visto »**

(1Jn 1, 3)